

amiga de un hombre de su valor intelectual..., ¡el amigo a quien aprecio más entre todos!

—¡Pero, mi hija! ¡No lo quiero comer a tu gran amigo! ¡Dios me libre! ¿Acaso no sé como tú lo que vale Montt? ¿A qué sales con esto? Quería decir solamente que era una lástima que no hubiera seguido viviendo en Buenos Aires...

—¿Y para qué? ¿Acaso su obra no es mucho más fuerte por esto mismo?

Y volviéndose a Montt, tranquila, aunque encendida siempre:

—¡Perdóneme, Montt! No sabe lo que he rabiado con los muchachos cada vez que decían que usted había hecho mal yéndose a trabajar como un peón al campo... ¡Porque ninguno de ellos es capaz de hacer lo mismo! ¡Y aunque llegaran a ir... no serían sino peones!

Mas la madre:

—No tanto, Silvina!... —Y a Montt: —Usted no se imagina, Montt, lo que nos hace pasar esta criatura con su cabeza loca. Cuando quiere algo, tarde o temprano se sale con la suya...

Montt oía apenas, pues las horas pasaban velozmente y su ensueño iba a concluir. De pronto sonó próxima, en la calle desierta, la bocina de un automóvil. Silvina saltó del asiento y corrió al visillo del balcón, mientras la madre se sonreía plácida con el huésped:

—Es su pretendiente de ahora... X. X. Parece muy entusiasmada. Aunque con una cabeza como la suya...

Silvina regresaba ya, con las mejillas de nuevo coloreadas.

—¿Era él?—le preguntó la madre.

—Creo que sí—repuso brevemente la joven.—Apenas tuve tiempo de levantar el visillo...

Montt se mantuvo un momento mudo, esforzándose, con los dientes muy apretados y la expresión calma, en impedir que en su frente aparecieran los largos pliegues suplementarios de las malas horas.

—¿Cosa formal?—se volvió al fin a Silvina con una sonrisa.

—¡Psh!...—se arrellanó ella, cruzándose de piernas. —Uno de tantos...

La madre miró a Montt como diciéndole: «Ya ve usted...»

Montt se levantó, por fin, cuando Silvina se quejaba de la falta de libros y revistas en las casas locales.

—Si usted lo desea—se ofreció él—puedo mandarle, desde Buenos Aires ilustraciones europeas...

—¿Usted escribe en ésas?

—No.

—Entonces mándeme las de acá.

Montt salió por fin, llevando hasta el tren, por bajo del contacto de boleteros y guardas, la impresión del largo apretón de manos con que Silvina,

muy seria, le había tendido su antebrazo desnudo.

En el camarote ordenó sus efectos y abrió la ventanilla sin darse cuenta de lo que hacía. Frente al lavabo levantó la cabeza al espejo y se miró fijamente: sí, la piel quebrada y la frente demasiado descubierta, cruzada de hondos pliegues; el extremo de los ojos quemados por el sol, con largas patas de gallo que corrían hasta las sienes; la calma particular en la expresión de quien vivió ya su vida, y cuanto marca en el hombre de cuarenta años que debe volver la cabeza ante los sueños de una irretornable juventud.

«Demasiado temprano... y demasiado tarde...», se dijo, expresando así, respecto de Silvina, la fórmula de las grandes amarguras del corazón.

En este estado de espíritu, Montt pasó el primer mes en Buenos Aires. Debía olvidarlo todo. ¿No había sentido la bocina del automóvil? ¿Y no se había visto a sí mismo en el espejo del tren? ¿Qué miserable ilusión podía alimentar? ¡Diez y ocho años apenas, ella! Un capullo de vida, para él que la había gastado en cuarenta años de lucha. Allí estaban sus quebradas manos de peón... ¡No, no!

Pero al cabo de un mes remitió al interior un grueso rollo con una carta en que afirmaba de nuevo el respetuoso afecto de un «viejo amigo y un amigo viejo».

Montt esperó en vano acuse de recibo. Y para confirmarse en su renuncia total a su sueño de una noche de verano efectuó de nuevo dos envíos, sin carta estas veces.

Al fin obtuvo respuesta, bajo sobre, de letra evidentemente disfrazada.

Había sido una ingrata sorpresa—le decían—recibir una carta escrita a máquina, como un papel comercial. Y variadas quejas respecto de la frialdad que esto suponía, etc. Luego, que no aceptaba las últimas líneas. «Viejo amigo mío», sí, y Montt lo sabía bien; pero no la segunda parte. Y, finalmente, que le escribía apurada y en ese papel (el papel era de contrabando en una casa opulenta), por las razones que Montt «debía comprender».

Montt sólo comprendió que se sentía loco de dicha como un adolescente. ¡Silvina! ¡Hay, pues, un resto de justicia en las leyes del corazón! ¿Pero qué había hecho él, pobre diablo sin juventud ni fortuna, para merecer esa inconmensurable dicha? ¡Criatura adorada! ¡Sí, comprendía la carta escrita a hurtadillas, la oposición de la madre, su propia locura, todo, todo!

Contestó enseguida una larga carta de expresiones contenidas aun por el temor de que llegaran a manos ajenas, pero transparentes para Silvina. Y reanudó con brío juvenil su labor

intelectual. Cuanto de buena fe puede poner un hombre maduro que aporta a aquélla las grandes fuerzas de su pasado, las puso Montt ante el altar de su pequeña diosa.

Pasó un mes, y no llegaba carta. Montt tornó a escribir, en vano. Y pasó un nuevo mes, y otro, y otro.

Como un hombre herido que va retirando lentamente la mano de encima de la mesa hasta que queda inmóvil, Montt cesó de trabajar. Escribió finalmente al interior, aunque a distinto destinatario, pidiendo disimuladamente informes, los que llegaron a su entera satisfacción, pues se le comunicó que la niña aludida había contraído compromiso hacía cuatro meses con el Dr. X. X.

«He aquí, pues, lo que yo debía haber comprendido», se dijo Montt.

Cuesta arrancar del corazón de un hombre maduro la ilusión de un tiernísimo amor. Montt la arrancó, sin embargo, aunque con ella se iba su propia vida en girones. Trabajo, gloria... ¡Bah! Se sentía viejo, realmente viejo... Fatigado para siempre. Lucha contra la injusticia, intelectualidad, arte... ¡Oh, no! Estaba cansado, muy cansado... Y quería volver al campo, definitivamente y para siempre. Y con mujer, desde luego... El campo es muy duro cuando no se tiene al lado a una mujer robusta que cuide la casa... Una mujer madura, como le correspondía a él, y más bien fea, porque es más fácil hallarlas. Trabajadora, y viva, sobre todo, para no dejarse robar en las compras. Sobre todo, nada joven, ¡Oh, esto sobre todo! ¿Qué más podía el pretender? La primera buena mujer de conventillo le sacaría del paso... ¿Qué más?

En breve tiempo de fiebre Montt halló lo que deseaba y se casó con los ojos cerrados. Y sólo al día siguiente, como un sonámbulo que vuelve en sí, pensó en lo que había hecho.

Allí al lado estaba su mujer, su esposa para siempre. No podía decir —ni lo recordaba— quién era ni qué era. Pero al dejar caer la cabeza entre las manos, como si una honda náusea se hubiera volcado sobre su vida, comprendió en toda su extensión lo que había hecho de sí mismo.

En esos momentos le llegó una carta. Era de Silvina, y le decía lo siguiente:

«Montt: Soy libre. Anoche he roto con mi novio. No me atrevo a contarle lo que me ha costado dar este paso. Mamá no me lo perdonará nunca, yo creo. ¡Pobre mamá! Pero yo no podía, Montt, quebrantar de este modo mi corazón y mi vida entera. Yo he hecho lo que nadie podría creer para convencerme a mí misma de que sólo sentía amistad por usted, de que no era otra cosa que un recuerdo de